

LLEGADO DE D. MANUEL GARCÍA BLANCO

Página lírica

de Miguel de Unamuno

=Del tomo *Romancero del Destierro*. Editorial ALBA, Buenos Aires, 1928=

Vendrá de noche

Vendrá de noche cuando todo duerma,
vendrá de noche cuando el alma enferma
se emboce en vida,
vendrá de noche con su paso quedo,
vendrá de noche y posará su dedo
sobre la herida.

Vendrá de noche y su fugaz vislumbre
volverá lumbre la fatal quejumbre;
vendrá de noche
con su rosario, saltará las perlas
del negro sol que da ceguera verlas,
¡todo un derroche!

Vendrá de noche, noche nuestra madre,
cuando a lo lejos el recuerdo ladre
perdido agüero;
vendrá de noche; apagará su paso
mortal ladrido y dejará al ocaso
largo agujero...

¿Vendrá una noche recogida y vasta?
¿Vendrá una noche maternal y casta
de luna llena?

vendrá viniendo con venir eterno;
vendrá una noche del postrer invierno...
noche serena...

Vendrá como se fué, como se ha ido,
—suenan a lo lejos el fatal ladrido—
vendrá a la cita;

será de noche más que sea aurora,
vendrá a su hora, cuando el aire llora,
llora y medita...

Vendrá de noche, en una noche clara,
noche de luna que al dolor ampara,
noche desnuda,
vendrá...venir es porvenir...pasado
que pasa y queda y que se queda al lado
y nunca muda...

Vendrá de noche, cuando el tiempo aguarda,
cuando la tarde en las tinieblas tarda
y espera al día,
vendrá de noche, en una noche pura,
cuando del sol la sangre se depura,
del mediodía.

Noche ha de hacerse en cuanto venga y llegue,
y el corazón rendido se le entregue,
noche serena,

de noche ha de venir...¿él, ella o ello?
de noche ha de sellar su negro sello,
noche sin pena.

Vendrá la noche, la que da la vida,
y en que la noche al fin el alma olvida,
traerá la cura;

vendrá la noche que lo cubre todo
y espeja al cielo en el luciente lodo
que lo depura.

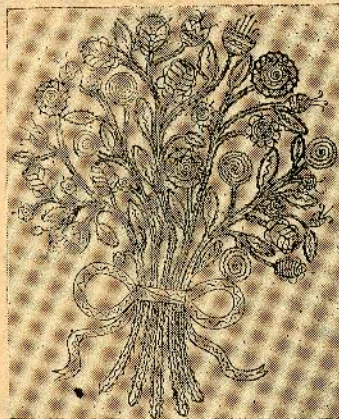
Vendrá de noche, sí, vendrá de noche,
su negro sello servirá de broche
que cierre al alma;

vendrá de noche sin hacer ruido,
se apagará a lo lejos el ladrido
vendrá la calma...
vendrá la noche...

En París, en la noche del
sábado al domingo de Pente
costés, 31 de mayo de 1925.

Sub specie momenti

Verdor nativo; la niñez que vuelve
y el porvenir disuelve;
juega el sol con las nubes y sonríe,
la mar me cuna,
y en sus olas la cuita se deslíe,
—con ello mi fortuna—
brofan aquí, en Hendaya,
las aguas lentas de mi fiel Viscaya.
Leo el Apocalipsis, lo releo,
y en su eterna marea me mareo;
pasa el que es, ha sido y viene,
miro su fuerte voz



pasar sobre la mies de mi alma en hoz
y el alma ¿qué retiene?
Todo es momento;
espacio condensado; el viento
se lleva el aire de esta leve Francia
y a España lo remonta; allí se cuela,
¿formará escuela?

Orhoit Gutaz

En la pequeña iglesia de Biriatu, orilla del Bidasoa, cerca de Hendaya, hay un mármol funerario con la lista de los once hijos de Biriatu que murieron por Francia en la gran guerra. En la cabecera dice: *Bere seme gertan hil direneri Biriatu-Ko herriak*, lo que traducido del eusquera o vascuence al castellano quiere decir: «A sus hijos que han muerto en la guerra el pueblo de Biriatu». Luego la lista de los muertos que son:

APRENDISTEGUY CHARLES
ARISTEGUY JOSEPH
EYHERAMENDY JEAN JOSEPH
ELISSALDE MATHIEU
ELISSALDE FRANÇOIS
HYASSA JEAN
SALAVERRIA JOSEPH ANGEL
HUMBERT LOUIS
DAGUERRE MARTIN
CAZAUBON CALIXTE
CELET JOSEPH

MCMXIV - MCMXXIII

Y debajo *Orhoit gutaz* esto es: «Acordaos de nosotros». Conservo en el título la hache de *Orhoit* aunque como la de *hil* y *herriak* y *Eyheramendy* y las haches todas que emplean en el vascuence de esta región, donde se las aspira, son ociosas.

Pasasteis como pasan por el roble
las hojas que arrebata en primavera
pedrisco intempestivo;
pasasteis, hijos de mi raza noble,
vestida el alma de infantil eusquera,
pasasteis al archivo
de mármol funeral de una iglesiuca
que en el regazo recogido y verde
del Pirineo vasco
al tibio sol del monte se acurruca.
Abajo el Bidasoa va y se pierde
en el mar; un peñasco
recoge de sus olas el gemido,
que pasan, tal las hojas rumorosas,
tal vosotros, oscuros
hijos sumisos del hogar henchido
de silenciosa tradición. Las fosas
que a vuestros huesos, puros,
blancos, les dan de última cuna lecho,
fosas que abrió el cañón en sorda guerra,
no escucharán el canto
de la materna lluvia que el helecho
deja caer en vuestra patria tierra
como celeste llanto...
No escucharán la esquila de la vaca
que en la ladera, al pie del caserío,
dobla su cuello al suelo,
ni a lo lejos la voz de la resaca

de la mar que amamanta a vuestro río
y es canto de consuelo!
Fuisteis como corderos, en los ojos
guardando la sonrisa dolorida
—lágrimas del ocaso—
de vuestras madres—el alma de hinojos—
y en la agonía de la paz la vida
rendisteis al acaso...!
Porqué? porqué? Jamás esta pregunta
terrible torturó vuestra inocencia;
nacisteis... nadie sabe
porqué ni para qué... era la yunta
y el campo que ara es toda su conciencia
y canta y vuela el ave...
Oroiti gutaz! Pedís nuestro recuerdo
y una lección nos dais de mansedumbre;
calle el porqué... vivamos
como habéis muerto, sin porqué, es lo cuerdo...
los ríos a la mar... es la costumbre
y con ella pasamos...

Hay en un bosque escondido...

Hay en un bosque escondido
una pobre margarita
de que el sol—sol sin sentido—
es girasol; resucita
cada mañana, encendido
por la angustia de la cita,
al besarla y va perdido
por el cielo; y en la ermita
del ocaso—en el ejido—
la ventanuca bendita
donde al ponerse, rendido,
se mira morir; palpita
de amor que se apaga; al nido
vuélvese—noche infinita!—
mientras en el bosque—olvido—
se duerme la margarita.

Hendaya, 4 - VIII - 26.

Esa casuca de la naricita...

Esa casuca de la naricita
con sus negros ojazos cuadrados
¿qué me quiere?
Paisaje, celaje, visaje, —tierra, cielo, rostro—
derritense en uno...
En ella se encierra—se entierra—
una pobre pareja de abuelos
que enterraron sus hijos, sus nietos
y que ven en las noches de invierno
ponerse la luna...
Tierra, cielo, rostro, derritense en uno...

Hendaya, 5 - VIII - 26.

Pobre sapo romántico,
andariego...

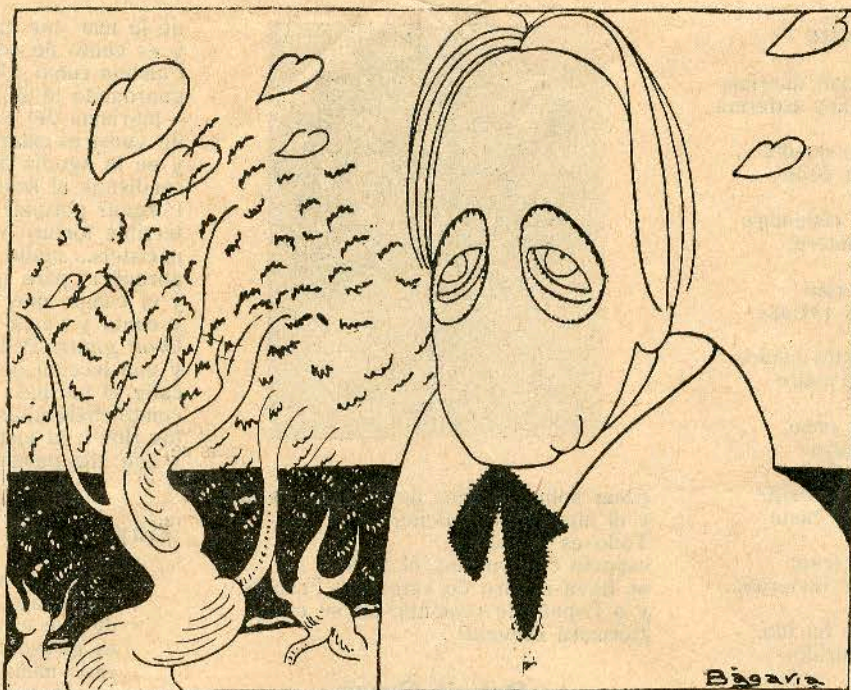
Pobre sapo romántico, andariego,
nocherniego,
canta a la Luna —con mayúscula—
el cántico romántico
de la resignación...
A la luz de la luna—con minúscula—
vase de caza.
La tenue cabellera
lunar sobre su espalda verde
deja como un rocío
de luz viscosa...
El sapo nocherniego, melancólico,
romántico, estrambótico,
canta su cántico,
lunático y erótico
de reclamo de amor...

GREDOS. 16 - VIII - 26.



Visitas literarias

Gabriel Miró



Caricatura de GABRIEL MIRÓ, por Bagaría.

El arrabal del sur no prescribió la muerte del Señor hasta las cinco de la tarde. A las cinco sonaron sus sirenas de despedida, sus adiós a todo trabajo. Poco después empezaron a alumbrarse faroles de las calles, como candelas en velatorio. Ya desfilar obreros hacia centros vitales de la urbe. Y a quedar el paisaje extraurbial como un asunto místico sin figuras. Vallas, carteles rotos, solares, acacias, ropa tendida, llanura, cielo rosa. Y a lo lejos bocinas como ayes de níquel en el aire, y timbres del tranvía como sollozos de metal hacia estrellas.

Con estos leves indicios, el alma, exigente de concordancias, buscaba por todas partes de este arrabal, donde apacentar ansias solemnes de conmemoración cristiana. La muerte del Señor era una cuestión de simple domingo en este arrabal. Paz y bares. Soledad y taberna. Tristeza amarilla de crepúsculo y taxis. Locomotoras inexorables en fuga puntual. Limpia-botas en plazas. Cerveza y marisco.

¿Qué hacer? Sin óleo, sin campanas, sin tinieblas absolutas... Pues eso: breve peregrinación: aquella casa en penumbra: visita pastoral al recatado: consulta de sibila.

—¿Gabriel Miró?

Gabriel Miró, en veste doméstica, estaba rodeado de familia y familiares. Como un patriarca. Parecía consolarse de la muerte de Dios apretándose, a esas horas, con los suyos, anudando más fuerte el cingulo de la existencia, evitando pensamientos eternos y anonadores a fuerza de afectos cercanos e inmediatos.

(¿Es Miró un místico?)

Desde luego, lo que es Miró: un fervoroso.

No sólo yo había buscado refugio de fervor en Jueves Santo cerca de Gabriel Miró. También Pedro Salinas. Otro fervoroso, que acude frecuentemente a Miró como para testimoniarle su «renacimiento» en la nueva literatura. Salinas y yo encuadramos a Miró como dos interrogantes amistosas.

Los dos le preguntamos sobre temas accidentales: su nueva edición de *El obispo leproso*, agotada la primera. Sus gustos de pintores levantinos.

Salinas—delicado—vió en mi un cierto celo de preguntas más sistemáticas y decididas, y nos abandonó respetuosamente.

Mientras Miró despedía a Salinas yo despedía una curiosidad largo tiempo contenida sobre

Gabriel Miró: su utilaje de construcción. El porqué de su vuelta a los primeros valores de la literatura actual.

No tardé mucho en satisfacerme. La librería de Miró era un auténtico taller. Un foco de constructivismo. Nadie quizá en España, con el *seminario* de poesía bíblico atesorado por Miró en su propia casa. Al pronto, más de un sabio orientalista que de un poeta se hubiera dicho su laboratorio. (Este sentido del laboratorio, de lo no impresionista, es lo que le vale el respeto de la juventud). Sólo viendo su escenario inspirador podía comprenderse la solidez de su inspiración, la calidad patentada de sus arquitecturas.

Cuando nos volvimos a enfrentar Miró y yo pude preguntarle ya unas cuantas preguntas exactas:

—Miró: en usted hay una corriente natural y otra cultural hacia la Biblia, ¿no es cierto?

—Es posible.

—Yo creo que es indudable. Sus orígenes levantinos sé que le hablaron desde muy pequeño con atracciones evangélicas.

—Es verdad. De niño yo abrumaba a mis padres a que

me relataran historias de santos, escenas de la Escritura. Luego, de mayor, la contemplación de mi mundo local me empujó a considerar como eternidades mis raíces natales. Mi paisaje era el de mi padre, el de mi abuelo, el de mis antecesores. Aquello que mis ojos veían lo habían visto todos los de mi misma sangre. Y si esta sangre tenía algo de semita, como la tierra de mi tierra algo de Jerusalén, comprenderá mi vocación por la literatura bíblica.

—Pero, a pesar de esta tendencia biológica, ¿no hubo en su vida un hecho cultural decisivo que le encauzara?

—Desde luego: mi permanencia en Barcelona con los capuchinos y nuestra común tarea en el ensayo de un Diccionario sagrado, al frente del cual estuve como técnico.

—¿Su primera figura bíblica se publicó tras este hecho?

—Sí. Aun cuando algo sobre Job tenía ya escrito.

—¿De modo que su literatura religiosa se fraguó en esa zona mediterránea, cuyos límites fueron Alcoy-Barcelona?

—¿Pero por qué insiste sobre este aspecto parcial de mi obra? Sigüenza, por ejemplo, creo que tiene tanto interés como mis escritos sobre la Pasión.

—Ya lo sé, Miró. Pero es Jueves Santo.

Miró se sonrió y se conformó a la fecha. Hasta el punto de indicarme:

—Salinas ve en mí un heredero de los imagineros medievales.

Yo reflexioné esta opinión y la puse en atenta crítica.

—No creo que sea su técnica, ante todo, la del imaginero. Precisamente: pienso que sea la contraria. El imaginero estofaba sus bultos envuelto en una corriente colectiva, por *encargo*. Mientras el *encargo* de usted ha sido bien diferente...

—¿Usted cree?...

—Veo yo en usted un reflejo muy siglo XIX, en lo que el XIX tuvo de genuino: la revisión de las tradiciones, el anti-tradicionalismo. Actitud que el XIX heredó a su vez de la Enciclopedia. Y la Enciclopedia de la Reforma. No me extrañaría que se supiera usted de memoria la *Vida de Jesús*, de Renán.

—No. Pero la tengo sobre la mesa. Mírela.

—Me lo figuraba. Creo que es en esa corriente inicial ideológica donde hay que ver inserta su obra. (Con lo cual no

quiere decir que, artísticamente, dependa usted de nadie.) ¿Se explicaría si no el recelo de cierto sector espiritual a dejarle pasar, a admitirle? Sus cualidades, lejos de ser las del imaginero, son las del imaginista y las del imaginador.

Miró sonrió otra vez interesado. Y yo proseguí:

—Su obra son las primeras *Notas a la Biblia* que un poeta ha puesto en nuestra literatura española. Y esas notas *no pasan*, así vengan de un poeta como usted. Sin embargo, debía la gente darse cuenta de que usted hace revivir una sacra tradición perdida desde el XVII hasta hoy en nuestro país: la del *Sermón conmovedor* sobre motivos de la Escritura. Malou de Chaide le comprendería a usted ¿no es cierto?

—Eso sí lo creo. Y también lo otro. No sólo no transigen con mis glosas bíblicas aquí, sino en otras partes: Estados Unidos, por ejemplo. Y cuidado que mis fuentes de construcción son puras y leales. Jamás tomé pasajes de los Evangelios apócrifos, ni recurrí a escenas escandalosas de ningún género...

—No se preocupe. Siga laborando con pulcritud y minucia. Ese es el verdadero camino. Por lo menos, para la posteridad, ya que no para la santidad.

Miró, por tercera vez, sonrió. Que fue como afirmar algo, antes de que el gallo cantase tres veces. Cosa que, no hizo ni siquiera el apóstol.

E. Giménez Caballero

(El Sol, Madrid).

LEGADO DE D. MANUEL GARCIA BLANCO



Duérmete, niño chiquito...

Duérmete, niño chiquito,
durmiendo te curarás;
duérmete duerme un poquito...
que acaso despertarás...
Dios te libre del mal sueño,
sueño que te haga soñar,
mas si soñar es tu empeño
sueña que has de despertar...
Duérmete; Dios con su mano
tu corazón curará;
duerme, que Dios soberano
en tu sueño velará...
Con el alma, ya de hinojos,
a rezarle te pondrás,
te mirarás en sus ojos
azules...no te verás!
Despertarás? El resorte
de tu sueño es esperar;
del despertar no te importe,
pues dormir es esperar...
Duerme que el sueño se pasa
y con el sueño el dolor;
todo duerme ya en la casa;
todo duerme en el amor...

8 - VIII - 26.

El gendarme hortelano

*Mais le propre sujet des hommes c'est d'aimer.
Ronsard.*

Coje presos a los caracoles
que le comen las coles...
—se los ha de comer—
llega armado de dos regaderas
y a la puesta del sol, las primeras
estrellas por nacer,
va regando su bien con blandura
¡oh civil verdura
donde no cabe mal!
mientras charla con buenas vecinas,
testigos las gallinas,
sin proceso verbal...

¡Oh guardián de la paz y del orden!
cuando un día te aborden
anarquistas feroces ¡qué horror!
echa mano de las regaderas
y antes de que nazcan las primeras
estrellas de la noche del Señor
refréscate a la tierra enardecida;
mira, gendarme que se va la vida
y con la vida se nos va el amor...

10 - VIII - 26.

Arroyuelo sin nombre...

Arroyuelo sin nombre ni historia
que a la sombra del roble murmuras
bañando sus raíces
¿quién llama a tus aguas?
Al nacer en la cumbre, en el cielo,
con la mar te sueñas,
con la mar que en el cielo se acuesta,
arroyuelo sin nombre ni historia!

10 - VIII - 26.

¿Qué es tu vida,...

¿Qué es tu vida, alma mía, ¿cuál tu pago?
llovía en el lago!
¿Qué es tu vida, alma mía, tu costumbre?
viento en la cumbre!
¿Cómo tu vida, mi alma, se renueva?
sombra en la cueva!
Llovía en el lago!
viento en la cumbre!
sombra en la cueva!
Lágrimas es la lluvia desde el cielo,
y el viento sollozo sin partida,
pasar la sombra sin ningún consuelo
y lluvia y viento y sombra hacen la vida.

11 - VIII - 26.

Sus hondos ojos azules...

Sus hondos ojos azules
daban azulez al cielo;

amarillo primavera
se despejaba sereno
por el follaje dormido
y era la vida un entero,
vivir de Dios; por el río
soñaban en claro espejo
ensueños de la montaña
abrazados con el cielo...
Todo cosa era pasada,
todo presente...recuerdo,
y el porvenir se perdía
en el antaño primero.
Bajo tierra renacían
las muertes; dentro del pecho
brizaba una brisa queda
los primeros pensamientos
que nacidos en la oscura
calma del seno materno
son de la casa extrañada
los enterrados cimientos,
que se asientan y sustentan
sobre la azulez del cielo.

20 - IV - 1927.

2 por 2 son 4...

2 y 2 son 4
4 y 2 son 6
6 y 2 son 8
y 8 16
y 8 24
y 8 32

¡ánimas bendidas,
me arrodillo yo!

De una canción de rueda que sien-
do yo niño oía cantar a las niñas.

2 x 2 son 4
2 x 3 son 6

¡ay que corta vida
la que nos hacéis!

3 x 3 son 9
2 x 5 10

¿volverá a la rueda
la que fué niñez?

6 x 3 18
10 x 10 son 100

¡Dios! no dura nada
nuestro pobre bien!

∞ y 0

¡la fuente y la mar!
cantemos la tabla
de multiplicar!

Prosa? Y que sabéis vosotros...

Prosa? Y qué sabéis vosotros,
jugadores de la forma,
y gongorinos de pega,
lo que es prosa?
Poesía pura? El agua
destilada, no por obra
de nube del cielo, pero
de redoma.
Deshumanad! buen provecho!
yo me quedo con la boda
de lo humano y lo divino
que es la gloria.
Ni agua alquitarada; sangre
en que cante en fuego de ola
la calentura sagrada
creadora.
Con raíces bajo tierra
y al viento de Dios la copa
y hojarasca entre las flores
y hasta broza.

Prosa con polvo y con lodo
manchada, fatal escoba;
nos depara el barrendero
dulce sombra...!
Descanso en limpio retiro
para soñar cuando dora
el sol que se pone al cielo
nuestra hora...

27 - IV - 27.

Y pasan días sin que pase nada...

Y pasan días sin que pase nada
y todo queda pues que pasa todo
que el paso es queda de distinto modo
y el ayer va al mañana, que es su rada.
Me pesa de lo que hice; en la estacada
se queda del pasado, en un recodo;
el polvo cuando posa se hace lodo
y luego piedra que sirve de arcada.
No hay corte alguno que deshaga el nudo;
inmutable es el mundo cuando muda;
cuantas veces se quiso no se pudo;
vive el punto que pasa, y en la duda;
que el acto es muerte, y en el paso agudo
del último acto nada nos escuda.

28 - IV - 1928.

Sobre tu frente azul, Señor,...

Sobre tu frente azul, Señor, mi sino
—que es invisible estrella al claro día,
con el azul fundida en armonía—
me señala en el cielo mi camino.
Camino el cielo todo; en el divino
campo de azul, en la celeste vía
no hay vedado, ni el alma se extravía
que en él se pierde aun cuando pierda el tino.
Las flores de tu huerto, las estrellas
son cual Tú, virginales, no dan fruto
de grosero comerse; son centellas
de tu puro idear; sólo disfruta
de libertad aquel a quien le sellas
con tu sello marcándole la ruta.

28 - IV - 1927.

El cuerpo canta...

El cuerpo canta;
la sangre ahulla;
la tierra charla;
la mar murmura;
el cielo calla
y el hombre escucha.

5 - V - 27.

Romances

VIII

Si no has de volverme a España,
Dios de la única bondad,
si no has de acostarme en ella
¡hágase tu voluntad!
Como en el cielo en la tierra
en la montaña y la mar,
Fuenterrabía soñada,
tu campana oigo sonar.
Es el llanto del Jaizquibel,
—sobre él pasa el huracán!—
entraña de mi honda España
te siento en mí palpitar!
Espejo del Bidasoa
que vas a perderte al mar,
¡qué de ensueños te me llevas!
a Dios van a reposar...!
Campana Fuenterrabía,
lenguas de la eternidad,
me traes la voz redentora
de Dios, la única bondad!
Hazme, Señor, tu campana,
campana de tu verdad,
y la guerra de este siglo
deme en tierra eterna paz!

XIV

Cuando el alba me despierta los recuerdos de otras albas me renacen en el pecho los que fueron esperanzas. Quiero olvidar la miseria que te abate, pobre España, la fatal pordiosería del desierto de tu casa. Por un mendrugo mohoso vendéis, hermanos, la entraña de sangre cocida en siesta que os hace las veces de alma. «Hay que vivir», estribillo de la santísima gana, vuestra perra vida sueño en bostezo siempre acaba. «Mañana será otro día» y el porvenir se os pasa, ni se os viene la muerte que no habéis vivido nada. Cuando se os viene encima la libertad «¡Dios me valga!» y Dios en vil servidumbre,



pues no os valéis, os chapa. Mirando pasar la vida no vivís y al acabarla aun hay quien sueña ¡cuitado! que de la vida descansa. Cuando el alba me despierta los recuerdos de otras albas, me renacen en el pecho las que fueron esperanzas. Y espero que al torbellino de mi seno España nazca, que los hermanos que sueño con mis sueños hagan patria. Puebla mi sueño tu pueblo, que es sólo mi sueño, España, y sueño que me hago eterno en un eterno mañana.

XVI

Mañana—lo sé de ayer—
Don Quijote, mi señor,
me apedrearán los galeotes,
sea todo por tu amor!
No me importa qué vendrá,

sino la miseria de hoy, de los viles cuadrilleros de la vieja Inquisición. Es justicia libertad; no el rencoroso perdón de tiranuelos de campo deshonrados con honor. Solo, hidalgo, solo tú, sin Sancho, en manos de Dios, rebelde a la rebeldía del poder de sinrazón. El mando dado a desmán, de la ley se desmandó; se puso a dictar mentiras que es tiranía mayor. Y qué vendrá? qué más da...! nuestro Padre nos dé hoy mientras no venga su reino nuestro cotidiano sol. Nos dé el sol de la verdad, que nos limpia el corazón; el patriotismo con venda, no es más que abominación. Libertad a los galeotes! manos, cara y pecho al sol! que la grandeza de España sea grandeza de Dios!

De los placeres y los juegos

Si me preguntáis cuáles son las artes primitivas, no iré a consultar a los clérigos para contestaros: miraré vivir a mis hombreritos y os responderé: la música, el dibujo, la danza y la arquitectura.

El hombrerito entreabre la puerta de mi gabinete de trabajo. Está muy tranquilo aunque yo traté de fulminarlo con la mirada. Acerca su cara a la mía, me mira batiendo las pestañas, el infame seductor, y va recto al fin:

—¡Papá! Mi lápiz no tiene punta. Sácasela.

Lo hago porque tengo interés por las artes.

—Gracias. Y ahora dame papel.

Le doy papel, del mejor. Soy un buen Mecenas.

El hombrerito vuelve a su trabajo. Dibuja, pinta. Todo lo que hace significa alguna cosa. Todo es grosero, informe, pero corresponde a una idea, tiende a representar algún rasgo del modelo. Ningún trazo es absolutamente inútil. Más tarde el hará cosas inútiles, dirá cosas inútiles, creará cosas inútiles y acumulará como todos los hombres, lo inútil sobre lo inútil.

Viendo esta pasión de dibujar que ellos tienen, comprendo, mejor que nunca, que crear está en la naturaleza del hombre. Pero, ¿qué crear? Es mucho más sencillo: el se divierte, se expresa.

Bernardo parece cierto de que dibujar es una función natural como construir, danzar, cantar. Me tiende su lápiz y me ordena con simplicidad:— «Dibújeme un elefante, dibújeme una locomotora, un barco, un señor, una casa». Yo obedezco sin discutir y me doy cuenta con asombro de que sé dibujar todo eso que el me pide. Cuando menos él queda contento.

El más pequeño baila con movimientos lentos, contenidos, serios: es demasiado pequeño para tener vergüenza. Bernardo, un poco más grande, un poco más torpe no sabe más que hacer el loco. Pero canta: el canto es un gozo tan natural que parece ligado en él al acto de la espiración. Llena de aire su pecho. ¡Oh delicia! Después el aire se va. ¿Habrá que consentir en perderlo puramente y simplemente? ¡No! La garganta está allí para sacar al paso, algunas bellas canciones. Cuando está bien solo, puro, abandonado a su instinto de animal, cuando sus manos y su espíritu están ocupados en alguna menuda tarea, canta sin parar una canción ondulosa, ágil, parecida a la que se debe cantar allá en la estepa. Encuentra ritmos e inventa intervalos extraños: voz del viento en soto, roce de las hojas del álamo, gotas de lluvia que caen de las ramas en la taza de la fuente.

Un día este humilde genio se desvanece: el hombrerito aprende a cantar. El arte civilizado se instala en el jugar del arte primitivo. Nosotros encontramos que eso está bien porque estamos corrompidos, petrificados por nuestros hábitos.

En seguida conoce la vergüenza. Es imposible ahora arrancarle esa menuda canción que sabe tan bien. Luego, una noche, después de los abrazos, solo en su cama en medio de la sombra protectora, pero seguro de que nosotros lo estamos escuchando, se pone a cantar con una voz neta:

Oh, verde pino
rey de las selvas...

Nosotros escuchamos en la pieza contigua. Escuchamos silenciosos y recogidos. Conocemos la voz del animalito. Es

menos bello que antes; pero es la voz del hombre.

El sigue: canta mucho tiempo, mucho tiempo. Es como una plegería que naufraga en el balbuceo. De golpe el sueño cae.

Presta a los instrumentos de música una atención que no se cansa. Gira en torno del piano buscando esa *cola* de lo que todo el mundo habla y que él no ve. Pide soplar en la flauta, seguro, cada vez de sacar el sonido; decepcionado cada vez de su fracaso.

El martes en la noche, en tanto que nosotros tocamos reu-

nidos en torno del piano, él se despierta a medias y se queda durante dos horas con los ojos abiertos en una especie de sueño extático. Yo me escapo un segundo para ir a verlo; su mirar de pupilas inmensas está encendido en la sombra: un mirar de otra vida.

Si después canturreo un aire de los que se han tocado el martes, él dice simplemente, con un aire indiferente, bajando la cabeza: *música de la noche*. No se equivoca nunca. No confunde *la música de la noche* con *la música del circo*.

Georges Duhamel

(Trad. de Gabriela Mistral)

Qué hora es...?

(Viene de la página 24)

gozando siempre; la *Novela de un niño*, de Pierri Loti, tiene muchísimos atisbos y belleza de anécdota; la *María Clara*, de Margarita Audoux, no se envejece todavía, gracias a la espontaneidad del estilo; el *De-dalus*, de James Joyce, es el más extraordinario relato de adolescencia que yo conozca; pero yo no lo recomendaría a las estudiantes. Funde de ternura *La Madre y el Niño*, del admirable Carlos Luis Phillipi. *La Infancia*, de Gorki, está contada para la Rusia y la América nuestra, prima de varias barbaries eslavas; y, para poner obra americana que resista estas vecindades, *El niño que enloqueció de amor*, del chileno Barrios, está lleno de observaciones y anécdota legítima.

El género se enriquece por año; parece que el asco de las juventudes feás y las madures peores que vivimos, nos hiciera remontar los años a zancadas ansiosas, hasta caer en el cuadro jugoso de la in-

fancia, donde se revuelca el pensamiento en cosa pura.

Naturalmente el género no está exento de podridura; los Gide y los sobrinos literarios del señor Freud, han llevado a la biografía novelesca del niño su aliento sucio capaz de emporcar el aire del desierto.

Todo lo enumerado vale más que el lacrimoso *Corazón* esa Biblia de las escuelas laicas en que el ateísmo, buscando escapar la aridez de cal que es la suya, se ha atollado en una manteca sentimental que empalaga hasta a las criaturas.

Que las bibliotecarias de Normal no traten demasiado en «niñas» a sus clientes. La adolescente nuestra sabe demasiado. Cuando oigo hablar de los peligros de la lectura novelesca en las jóvenes, pienso en los peligros de la imaginación sin alimento, porque cómo dice no sé qué educador franco, la mente suele hallar en la novela lo sensual; pero en la vida tan desnuda de este tiempo, encuentra